

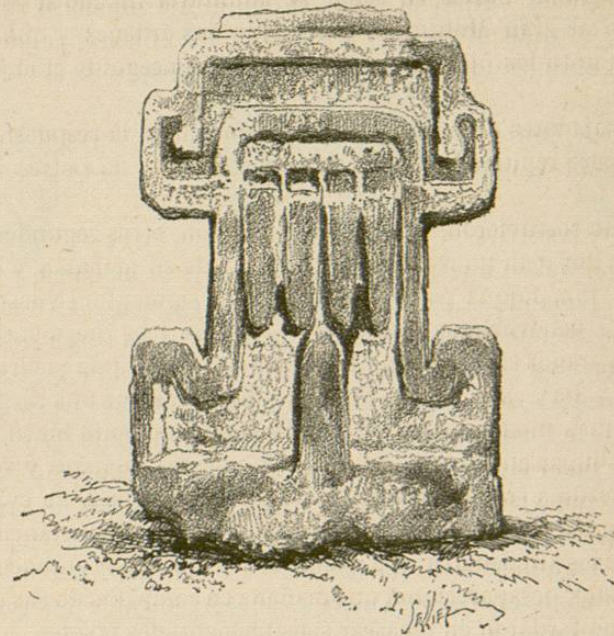
pinturas y un detallado informe acerca de los extranjeros. La noticia de la nueva aparición de los españoles en las costas de México propagóse rápidamente por todo el país, llenando de negros presentimientos el corazón del monarca. En el país existía, como ya hemos mencionado, la tradición de que irían de Oriente hombres extraños, de rostros blancos y barbudos, que echarían por tierra la soberanía de los aztecas. Para que la excitación general llegase á su colmo, dió la casualidad de que ocurrieran algunos fenómenos en la Naturaleza, que fueron considerados por los indígenas como mensajeros de la catástrofe.

Cometas de larga cola aparecieron en el cielo iluminando las noches con su fantástica claridad; el gran lago á cuyas orillas estaba la ciudad capital de Tenochtitlán desbordóse repentinamente inundando la ciudad; una torre del gran templo incendióse sin causa conocida; en el rojizo firmamento creían ver siniestros anuncios, tales como nubes que semejaban un ejército combatiendo, torrentes de sangre, y hacinados montones de cadáveres. Decíase además que á Motezuma se le había aparecido por la noche el espíritu de su hermana para notificarle el próximo derribamiento del reino.

El angustiado soberano consultó á sus astrólogos sobre el porvenir, pero éstos tampoco pudieron participarle nada consolador. Martirizado por sus presentimientos, y no sabiendo qué partido tomar, reunió Motezuma á sus consejeros más renombrados para acordar con ellos el mejor medio de atajar, si era posible, la catástrofe. Las opiniones de dichos consejeros eran sumamente opuestas: unos defendían que debía de impedirse la entrada de los españoles en el país, empleando para ello la fuerza; otros, por el contrario, creían más prudente recibirlos con toda clase de honores y respetos, pues aquellos hombres indudablemente debían de ser dioses, siendo así que disponían del rayo y del trueno, y tratar pacíficamente de hacerles abandonar el país.

Entre estas dos opiniones eligió Motezuma, para su perdición, un término medio, enviando á Cortés una embajada con el encargo no sólo de llevarle multitud de valiosos regalos, sino también de hacerle desistir de su idea de visitar la capital. Cien esclavos conducían los regalos, cuya riqueza hizo nacer repentinamente en los españoles la certeza de que habían llegado á un país que debía encerrar incabables riquezas en su seno. Sobre finas esteras de paja muy bien trabajadas fueron colocados los regalos. Había en primer término un disco de oro finísimo, del tamaño de una rueda de coche. Veíase en él un sol circundado de rayos y extraños animales. Otro disco mayor, de plata purísima, ostentaba la figura de la luna. Ambos discos fueron tasados en 20,000 pesos de oro. El tercer regalo era un capacete, enviado por Cortés á Motezuma, lleno de pepitas de

oro, y cuyo valor sería de 3,000 pesos. Había también 20 patos de oro primorosamente trabajados y copiados del natural, perros, panteras, pumas y monos; después 10 collares, entre ellos uno que tenía más de cien esmeraldas y rubíes, y además un arco de oro con 12 flechas y dos bastones de cinco palmos de largo cada uno, todo del mismo metal; escudos fabricados con unos brillantes palitos blancos adornados con plumas y planchitas de oro y plata; otros estaban bordados de perlas, y con tal pri-



Piedra tumular toteca

mor que no se podía alabar bastante su finísimo y artístico bordado. Había además plumeros y mosqueros de plumas variadísimas engarzadas en oro y plata, y toda clase de valiosos adornos de armas del mismo metal exornados con plumas verdes y amarillas; algunos cueros bien curtidos y teñidos de colores variados; zapatos y sandalias cosidas con hilo de oro y con suelas de piedras finas azules y blancas; grandes espejos artísticamente tallados; joyas en forma de monedas, cuyo engarce era aún más valioso que el de las piedras preciosas; 30 cargas de telas de algodón entretrejidas con plumas de vivos matices, y tapetes y cortinajes de cien colores, más finos y brillantes que la misma seda.

«Toma esto, dijéronle los embajadores á Cortés, con la amabilidad que te lo envía nuestro soberano. Motezuma se alegra de enviarnos su saludo,



pues de vuestros hechos se deduce que sois hombres muy valientes. El entraría con gusto en tratos y amistad con vuestro emperador, del cual ya tiene noticia; pero siente no poderos recibir en su capital, pues son demasiado insuperables los obstáculos que se oponen á ello, y además la distancia es muy grande. Motezuma os ruega que os volváis á vuestra patria con estas muestras de su favor y benevolencia.»

Cortés admitió los regalos, dando las más cumplidas gracias, pero dijo que el emperador Carlos, su señor, se admiraría mucho si volviera sin haber visto al gran Motezuma y recibido sus órdenes, y que no podía presentarse ante los ojos de su rey sin haber conseguido el objeto de su viaje.

Los embajadores prometieron llevar á Motezuma la respuesta del conquistador, pero repitiendo nuevamente que la visita de Cortés era innecesaria.

Lo mismo sostuvieron, aún con más decisión, otros segundos mensajeros que le llevaban nuevos regalos de parte de su monarca; y el principal de ellos, tomando la palabra, notificóle lo siguiente: «Nuestro señor ha admitido benévolamente vuestros presentes y os ruega entreguéis á vuestro emperador estos cuatro *chalchichuis* (variedad de piedras preciosas de gran valor), cada uno de los cuales vale más que una carga de oro. No enviéis más mensajeros á México. Es completamente inútil, pues no puede tener lugar entrevista alguna entre nuestro monarca y vosotros.»

Que Motezuma trataba, por todos los medios posibles, de evitar todo contacto con los forasteros, lo demostró además la circunstancia de que los indios de los alrededores, que habían abastecido hasta entonces de provisiones á éstos, desaparecieron una mañana en compañía de sus caciques, por lo cual no tardaron en escasear sensiblemente los víveres.

Aunque desagradó bastante á Cortés que se hubiese rechazado tan fríamente su visita, no era hombre que desistiera fácilmente de sus propósitos, y por lo tanto ordenó que se tomasen disposiciones para establecerse en un lugar de la costa á propósito á este objeto, y que desde allí se emprendiese poco á poco la conquista del poderoso reino azteca.

Por más que estos planes fueron rechazados en un principio por algunos individuos que eran partidarios de Velázquez y deseaban volverse á Cuba, supo Cortés por un audaz golpe de mano someterlos y dejarlos indefensos en parte. Por medio de hábiles maquinaciones y de una comedia perfectamente representada, durante la cual hizo dimisión del empleo que le había conferido Velázquez, consiguió á un mismo tiempo que toda la armada y el consejo nombrado para organizar la nueva colonia le rogasen unánimes, en nombre de S. M. Católica, que aceptase los puestos de autoridad suprema y de juez. Dando modestamente las gracias,

declaró Cortés que estaba dispuesto á aceptar, prometiendo consagrarse por completo á los intereses del monarca y de la colonia, hasta tanto que determinase otra cosa la voluntad del emperador. Un escribano del gobierno que iba en la expedición levantó acta de estos acontecimientos y declaró que, para mejor servicio de Dios y del emperador, se habían visto obligados á tomar tales medidas.

Esta comedia influyó extraordinariamente sobre la personalidad y posición de Cortés, cambiando su estado de servidor rebelde del gobernador



Cabezas y máscaras de piedra encontradas en Teotihuacán

de Cuba por el de gobernador provisional, y por lo tanto empleado del gobierno, ajustándose en lo posible á las formalidades de la ley; no era ya por consiguiente un aventurero sin derecho alguno, sino que asentaba sus derechos sobre la sólida base de la ley. También estaba rota con tal acto toda dependencia respecto á Velázquez, y todas las empresas futuras que acometiese estarían sometidas exclusivamente á la corona de España.

Sólo faltaba, para asegurar por completo la nueva posición de Cortés, la aquiescencia y confirmación real, y para conseguirla decidieron tomar desde entonces todas las medidas necesarias á este objeto.

Mientras tenían lugar estos acontecimientos llegaron un día cinco indios, que se diferenciaban por completo, tanto en el traje como en el idioma, de los súbditos de Motezuma. En sus taladrados labios inferiores y orejas llevaban atravesadas turquesas y unas delgadas planchitas de oro; el pelo peinado y atado en un nudo que adornaban con flores; llevaban también mantos y cinturones ricamente trabajados. Eran totonacos, pertenecientes á un poderoso pueblo que habitaba en las tierras situadas entre la costa y las montañas que se elevaban hacia el interior. Por ellos supo Cortés cosas que le fueron de suma importancia para sus futuras empresas. Ante todo le fué revelado que los habitantes de las tierras de México no formaban en modo alguno una nación unida, sino que se dividían en muchas tribus separadas con tan poca ó ninguna conexión entre sí, que á menudo combatían unas con otras. Entre estas tribus habían



destacado en el último siglo los aztecas, poco numerosos primeramente, á causa de su valor y habilidad guerrera, unidos á sus hercúleas y temidas fuerzas. Al principio habitaron en la orilla Nordeste de un gran lago situado en la alta planicie de Anahuac, erigiendo después en una isla de aquel lago su capital, Tenochtitlán (véase la pág. 108 del tomo primero), emprendiendo desde allí con gran éxito excursiones conquistadoras contra sus vecinos. Con el tiempo habían extendido su dominio sobre todo el país situado entre el gran Océano y el golfo de México, imponiendo en todas partes su pesadísimo yugo. Numerosos pueblos gemían bajo el azote de los opresores, y sólo á la fuerza pagaban el tributo que les imponían, consistente una parte no pequeña de él en seres humanos, que eran sacrificados en Tenochtitlán al temido dios nacional de los aztecas Huitzilopochtli. No habían conseguido fusionar en uno los diferentes pueblos sometidos; verdad es que tampoco habían trabajado mucho para lograrlo.

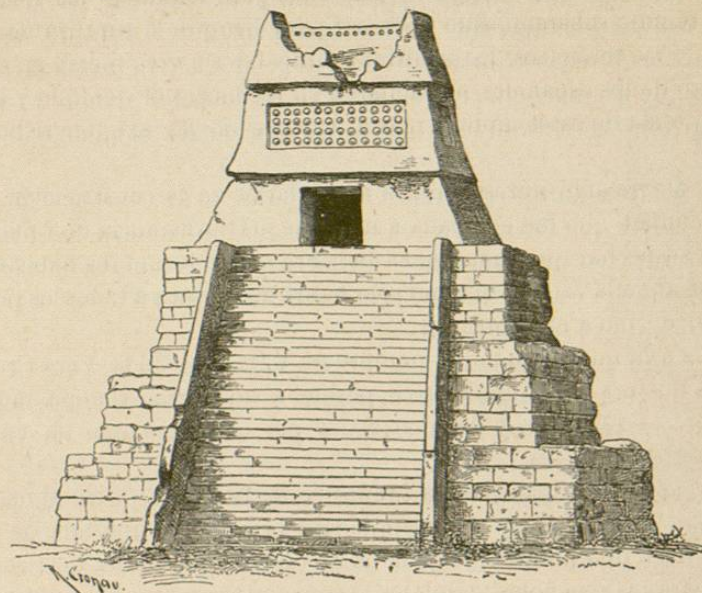
El conocimiento de que el poderoso reino azteca no era una nación unida, sino que entre sus diversos individuos no había más lazo que el terror que inspiraba el nombre de este pueblo, no podía pasar inadvertido al ojo perspicaz de un Cortés, que al momento se decidió á aprovechar esta circunstancia como la piqueta que había de demoler y derrumbar aquel poderoso reino.

Pero antes de que Cortés se atreviera á dar un paso, era necesario arreglar los asuntos en la costa y contar con un seguro punto de refugio para en caso necesario. Levantóse el campamento y decidieron trasladarlo á la bahía de Chiahuitzlán, á la cual se ordenó también que fuesen los barcos. El camino á ella era á través del territorio de los totonacos, bastante afectos á los españoles, y se llegaba primero á la ciudad de Cempoala. Una hora antes de llegar á esta última fueron recibidos los conquistadores por veinte indios principales que los guiaron á la ciudad, la cual contaba entonces 20.000 habitantes, quedando pasmados de la extensión y hermosura de aquélla. Algunos jinetes avanzados fueron portadores de la maravillosa noticia de que habían visto por entre las puertas que todas las casas estaban revestidas por dentro de plata bruñida, pero más adelante se vió que esta equivocación había sido motivada por la circunstancia de que hacía poco que habían recubierto los indios las paredes con gran habilidad con un yeso muy blanco y muy fino que relucía como plata á los rayos del sol.

El cacique de Cempoala, que recibió con cariñoso afecto á los españoles, prorrumpió en amargas quejas contra Motezuma y sus gobernadores, añadiendo que este poderoso soberano, al cual nadie se atrevía á resistir, hacia poco tiempo que había despojado á los totonacos de todo el oro y joyas que poseían. Las mismas ó parecidas quejas exhalaba el cacique de

Chiahuitzlán, y ambos fueron convencidos fácilmente por Cortés de que debían formar con él una alianza para librarse del dominio de los aztecas.

Cuán grande era el espanto que éstos inspiraban tuvo el conquistador ocasión de verlo muy pronto durante las negociaciones, que fueron in-



Aspecto de un templo mexicano (Dibujo original de Rodolfo Cronau)

terrumpidas por la llegada repentina de cinco empleados de Motezuma, que iban á cobrar el tributo.

Pálidos de miedo salieron ambos caciques al encuentro de los recién llegados, que, cubiertos de ricas vestiduras y con gran séquito de servidores, avanzaban orgullosamente dirigiendo despreciativas miradas á los españoles. Apenas hubieron sido albergados y servidos estos huéspedes, cuando los caciques, consternados, participaron á Cortés que, irritados los aztecas al ver el buen recibimiento que habían hecho á los forasteros, exigían, además del tributo, veinte adolescentes y doncellas para sacrificarlos á sus dioses á fin de aplacar la cólera de éstos en vista de que los totonacos habían faltado á su deber agasajando á los españoles.

Los asustados jefes venían á pedir consejo á Cortés sobre lo que tenían que hacer en vista de esto. El conquistador ordenó á los totonacos que no sólo negasen el tributo, sino que prendiesen á los enviados de Motezuma. Al principio retrocedieron espantados los caciques al oír esto; mas luego



no sólo obedecieron, sino que hasta se disponían á sacrificarlos en honor de sus dioses. Cortés, muy lejos de consentir esto, proporcionóse en la obscuridad y silencio de la noche una entrevista con los prisioneros, hízose el desentendido sobre su prisión y ayudóles á fugarse, encargándoles saludasen en su nombre amistosamente á Motezuma.

Por medio de esta intriga no sólo consiguió reanudar las relaciones con el temido soberano, sino provocar para siempre la ruptura entre los aztecas y los totonacos. Estos últimos, impelidos á viva fuerza en el campamento de los españoles, no vacilaron en reconocer el dominio y autoridad suprema de éstos, mucho más al ver que no les exigían tributo alguno.

Con alegre afán apresuráronse á ayudarles en la construcción de la nueva ciudad, que fué edificada á media legua de distancia de Chiahuitzlán, sin sospechar que cada nueva fortaleza que se levantaba había de soldar más aquella cadena que, no sólo había de oprimir á todos los pueblos de México, sino á ellos mismos.

Dióse á la nueva ciudad el nombre de Villa Rica de la Vera Cruz (1), nombre que era muy significativo, porque á un mismo tiempo indicaba los intereses religiosos y los materiales por que exponían su vida los aventureros españoles.

Estaban aún ocupados en la fundación de la iglesia, de los almacenes, de la casa consistorial y de la ciudadela, esta última rodeada de fosos, cuando llegó una nueva embajada de Motezuma, portadora de ricos presentes para los españoles, dándoles al mismo tiempo las gracias en nombre de su monarca por haber libertado á los empleados aztecas. Esta vez no se dijo ni una palabra sobre la vuelta de Cortés y su gente á su patria.

Los totonacos, que temían constantemente que Motezuma enviase guerreros que los castigasen por haberse sometido al dominio de los españoles, al ver que en lugar de esto llegaban los embajadores cargados de presentes, apenas podían dar crédito á sus ojos y pensaban: «Verdaderamente estos extranjeros deben de ser *Teules* (dioses), pues hasta el gran Motezuma les teme.»

Para sellar la alianza hecha con los españoles trajéronles los caciques ocho doncellas indias de las más hermosas, hijas de las principales familias, todas ellas ricamente ataviadas con costosas telas, collares y broches

(1) Esta primera ciudad de Vera Cruz fué edificada cerca de una bahía llamada Chiahuitzla por los indígenas, pero tres años después fué trasladada, á causa de lo malo que era aquel paraje, á la embocadura del río de la Antigua. El origen de la actual ciudad de Veracruz, situada frente á la isla de San Juan de Ulúa, data solamente del año de 1600

de piedras preciosas, y rodeadas de numerosa servidumbre. «Toma á estas doncellas, dijo el cacique de Cempoala á Cortés, para que tú y los tuyos hagáis de ellas vuestras mujeres, y mira este regalo como una muestra de la fraternidad que ha de unirnos de aquí en adelante.»

Cortés aprovechó esta ocasión para dar un serio avance contra el culto á los ídolos reinante entre los indígenas, declarando que no podía aceptar á las jóvenes si no se convertían antes al Cristianismo y prometían los totonacos abstenerse de toda clase de sacrificios humanos, así como también de la antropofagia.

Por todas partes habían hallado muestras de que también en el reino de los totonacos estaban en boga estos sacrificios, que se realizaban en los numerosos *Teocallis* ó templos de piedra y tierra que se elevaban por regla general sobre una pirámide de 3 á 5 pisos de altura, subiéndose á ellos por escaleras. Algunas veces tenían éstas la forma de caracol, por lo cual había que rodear tres ó cuatro veces la pirámide antes de llegar á la plataforma superior. En esta solía elevarse una torre de 15 á 20 metros de altura, en cuyo interior no sólo se veían labrados ídolos de piedra ó madera, sino también aquellas terribles piedras de sacrificio sobre las que desgarraban á las víctimas destinadas al efecto.

Por más que se resistiesen al principio los totonacos á renunciar á sus antiguos usos, consintieron al fin que los españoles quitasen del templo principal las contrahechas figuras de sus dioses, los rompiesen en pedazos y los arrojasen escaleras abajo.

En lugar de éstos, y después de haber limpiado cuidadosamente el templo, colocaron en él un cuadro de la Virgen María, rodeándolo de olorosas rosas.

Los sacerdotes tuvieron que abandonar sus mantos negros salpicados de sangre humana, sustituyéndolos por largas vestiduras blancas, y cuidar de presentarse siempre muy limpios y aseados. Pronto se inauguró el templo con una solemne misa, á la que siguió el bautizo de las doncellas indias. Para continuar la obra de conversión comenzada bajo tan buenos auspicios, fué nombrado provisionalmente catequista un antiguo lancero.

Había llegado el mes de julio cuando apareció repentinamente un barco en el puerto de Veracruz, el cual barco llevaba la noticia de que Velázquez, el gobernador de Cuba, había recibido plenos poderes de la corte para establecer colonias en los nuevos países descubiertos.



Idolo mexicano. (Dibujado del natural por R. Cronau, del original que existe en el Museo de Instrucción pública de Leipzig.)



Esto alarmó algo á Cortés, que pensó que eran necesarias ante todo dos cosas: primera, continuar su expedición al interior del reino mexicano para tratar de obtener prontos y brillantes resultados que poder presentar á la corte; y segunda, enviar sin pérdida de tiempo algunos leales amigos á España para que informasen al emperador del estado de los asuntos y de los planes que tenía para el porvenir.

En este informe no ocultaba Cortés su situación respecto á Velázquez, pero supo hacer resaltar que éste sólo había perseguido mezquinos fines particulares en un asunto de tan grandiosa importancia, y que trabajando tan sólo en interés de la corona acrecentaría en gran modo el poder y riqueza de la misma.

Relatando pomposamente la brillante perspectiva que se ofrecía, como asimismo el valor, perseverancia y fidelidad de sus compañeros, participaba al propio tiempo que pensaba partir sin demora hacia el interior del país y someter el gran imperio azteca al dominio del cetro español. El consejo de administración de Veracruz agregó otro escrito, extendiendo principalmente su juicio sobre aquellos puntos en que podía aparecer imparcial. Hablaba muy mal de Velázquez y muy bien de Cortés y de su desinteresado sacrificio en pro de la expedición, de sus grandes cualidades, que eran segura garantía de éxito, etc. El informe terminaba pidiendo la confirmación real de todas las medidas y disposiciones tomadas provisionalmente. El mismo entusiasmo por Cortés y su empresa se veía en todas las cartas particulares de las personas principales de su acompañamiento, que conjuraban á sus amigos de la corte para que trabajasen en favor del mismo, interponiendo toda su influencia á fin de que el monarca confirmase todos los empleos y cargos honoríficos que se le habían otorgado, y él aceptado, provisionalmente.

A los embajadores dióles Cortés todas las joyas y curiosidades que había podido adquirir hasta entonces, persuadido de que la magnificencia del regalo favorecería poderosamente á la buena impresión del escrito.

Mas poco después de la partida de los enviados, verificada el 26 de julio de 1519, y á los cuales estaba prohibido todo desembarque en Cuba, debiendo dirigirse directamente á España, se vió que no todos los compañeros de Cortés tenían tan buen ánimo, pues algunos descontentos, secretos partidarios de Velázquez, formaron el proyecto de huir y volverse á Cuba. Ya habían provisto en el mayor secreto un barco con víveres y aparejádole para partir, cuando fué descubierta la conspiración. Cortés condenó á muerte á dos de los más culpables y concibió el atrevido proyecto, á fin de evitar otras tentativas semejantes que minarían su fuerza, de inutilizar todos sus barcos.

Aprovechando la circunstancia de haber dicho los marineros, induci-

dos por él, que los barcos estaban muy averiados, carcomidos é inservibles para el regreso, ordenó sacar todo el hierro que había en ellos, y después de quitarles los cables y las velas, ponerlos sobre la playa para que nadie pudiera pensar en volverse á Cuba.

Hecho de este modo imposible el regreso, Cortés supo con un brillante y entusiasta discurso enardecer de tal modo los ánimos de sus compañeros, que al momento salió de todos los labios el grito de: «¡Vamos á México!»

Facsimile de la firma de Hernán Cortés